

Guaraníes, contrabandistas, indios infieles y milicianos. Las clases populares en la guerra hispano-portuguesa de 1801.

Birolo Pablo.

Cita:

Birolo Pablo (2013). *Guaraníes, contrabandistas, indios infieles y milicianos. Las clases populares en la guerra hispano-portuguesa de 1801. XIV Jornadas Interescuelas/Departamentos de Historia. Departamento de Historia de la Facultad de Filosofía y Letras. Universidad Nacional de Cuyo, Mendoza.*

Dirección estable: <https://www.aacademica.org/000-010/272>

XIV Jornadas Interescuelas/Departamentos de Historia 2 al 5 de octubre de 2013

ORGANIZA:

Departamento de Historia de la Facultad de Filosofía y Letras

Universidad Nacional de Cuyo

Número de la Mesa Temática: 34

Título de la Mesa Temática: Hacer política: formas de acción colectiva y movilización popular en Latinoamérica; siglos XVIII y XIX

Apellido y Nombre de las/os coordinadores/as: Gustavo Paz, Sergio Serulnikov, Raúl Fradkin y Gabriel Di Meglio.

Guaraníes, contrabandistas, indios infieles y milicianos. Las clases populares en la guerra hispano-portuguesa de 1801.

Pablo Birolo

(UNLU)

pablobirolo@fibertel.com.ar

El 27 de febrero de 1801 el rey español Carlos IV, cediendo a las presiones de su aliado Napoleón Bonaparte, le declaró la guerra a Portugal. La guerra en la península se limitó a las áreas fronterizas y duró tan sólo tres semanas, del 19 de mayo al 6 de junio, a causa de los contundentes triunfos de las armas españolas (reforzadas con 20.000

soldados franceses) que obligaron a los portugueses a firmar el Tratado de Paz de Badajoz. Según lo estipulado en el tratado, Portugal debía entregar a España la plaza de Olivenza (localidad fronteriza disputada históricamente, ubicada en la actual provincia española de Badajoz), se comprometía a cerrar sus puertos a Inglaterra y cedía una parte de Guayana a Francia.

Como había ocurrido en todas las guerras que España y Portugal venían teniendo desde 1640, el conflicto militar iniciado en Europa se reprodujo en sus colonias americanas¹. El 15 de junio de 1801, cuando la guerra en la península ya había terminado, llegó a Río Grande una embarcación procedente de Bahía con la noticia de la guerra. Esta noticia estimuló a la dirigencia luso-brasileña a iniciar una campaña militar hacia el sur con el fin de cumplir un objetivo secular de la política portuguesa en la región: la conquista de las siete misiones ubicadas al oriente del río Uruguay². El problema que se les presentaba a los portugueses era que no tenían las fuerzas militares necesarias para llevar adelante la invasión. La situación del ejército en Río Grande era precaria: la tropa de línea estaba en un estado total de abandono, con sueldos atrasados de más de trece meses y sin uniformes ni armamentos³, y las milicias no estaban organizadas para realizar acciones ofensivas, sino para prestar apoyo a las tropas de línea en la defensa del

¹ Así había ocurrido tras el éxito portugués en su guerra de independencia contra España iniciada en 1640. Una repercusión tardía de ese conflicto en América fue la orden dada por el rey lusitano Pedro II al gobernador de Río de Janeiro, Manuel Lobo, para que estableciese una colonia portuguesa en el Río de la Plata, origen de la fundación de Colonia del Sacramento en 1680. La existencia de esta plaza portuguesa en el Río de la Plata fue objeto de disputa entre las dos coronas durante más de 150 años, generando diversos enfrentamientos militares (en 1680, 1704-1705, 1735-1737, 1762 y 1777) que siempre fueron la expresión americana de una guerra iniciada en Europa y que, en todos los casos, salvo la campaña de 1777 en la que Pedro de Cevallos conquistó definitivamente Colonia, finalizaron con el éxito español en el campo de batalla pero con la posterior entrega de Colonia a los portugueses debido a negociaciones diplomáticas sostenidas entre las coronas en Europa. Para ver un estudio detallado de las guerras modernas entre España y Portugal y su repercusión en América (especialmente en el Río de la Plata), puede consultarse MARCHENA FERNÁNDEZ, Juan (2009), “‘De Espanha, nem bom vento nem bon casamento’. La guerra como determinante de las difíciles relaciones entre las dos coronas ibéricas en la península y en América, 1640-1808”, en *Anais de História de além-mar*, vol. X, pp. 9-22.

² Recordemos que en 1750, durante un breve paréntesis de relaciones amistosas entre las coronas, se firmó el Tratado de Madrid por el cual Portugal se comprometía a ceder Colonia, mientras que España hacía lo propio con las siete misiones guaraníes ubicadas al oriente del río Uruguay. Esta permuta fue difícil de concretar a causa de la resistencia de los indios guaraníes a desalojar sus pueblos (los cuales fueron salvajemente reprimidos por una expedición militar hispano-portuguesa realizada durante los años 1755 y 1756) y del cambio de orientación de la política exterior portuguesa, que presionada por Inglaterra (que utilizaba a Colonia como base para ingresar sus productos en territorio americano y extraer, ilegalmente, la plata de Potosí), pospuso indefinidamente la entrega de Colonia. En 1761 se anuló el Tratado de 1750 y las misiones orientales fueron devueltas formalmente a la corona española.

³ FRUHAF GARCIA, Elisa, *As diversas formas de ser índio. Políticas indígenas e políticas indigenistas no extremo sul da América portuguesa* (2009), Río de Janeiro, Arquivo Nacional, pp. 192-193.

territorio. Ante esta situación, el gobernador de la capitanía de Río Grande tuvo que recurrir a fuerzas de tipo irregular para emprender la conquista de las misiones. Esas fuerzas le fueron proporcionadas por un soldado desertor del regimiento de dragones de Río Pardo y contrabandista de ganado, llamado José Borges do Canto, quien, habiéndose acogido al indulto publicado por las autoridades con motivo de la guerra, se presentó al comandante de la frontera Correia da Câmara ofreciéndose para avanzar de inmediato sobre el territorio de las misiones con unos 40 hombres reclutados por él mismo, entre los que se encontraban soldados desertores y contrabandistas que habitaban en la frontera entre los dos imperios⁴. Esta expedición fue acompañada por otra, liderada por el estanciero mestizo Manuel dos Santos Pedrozo, quien se presentó voluntariamente con 20 hombres (en la mayor parte peones de su propia estancia) al comandante de la guardia fronteriza de San Pedro, que aceptó su servicio y le encomendó la tarea de atacar la guardia española de San Martín, punto limítrofe entre la capitanía de Río Grande y el virreinato del Río de la Plata.

Estas reducidas fuerzas irregulares lograron, en el mes de agosto de 1801, tomar las guardias de frontera y conquistar sin grandes dificultades las siete misiones ubicadas al oriente del río Uruguay. Para lograrlo, resultó decisiva la actitud adoptada por los guaraníes que habitaban en las misiones, quienes, ante la llegada de los portugueses, desertaron y se sumaron a las fuerzas invasoras⁵. De ellas también participaron cerca de 400 indios charrúas y minuanes –definidos como indios “infieles” en la época –quienes, junto con guaraníes fugados de las misiones y soldados españoles y portugueses desertores, solían integrar las partidas de salteadores que desde hacía décadas se dedicaban al robo de ganado en las estancias de la zona fronteriza, muchas de las cuales pertenecían a los pueblos misioneros⁶. La acción de estas fuerzas irregulares fue complementada con una operación militar formal organizada desde Río Grande, que le permitió a los portugueses tomar la fortaleza de Santa Tecla y ocupar el territorio que se extiende hasta el río Yaguarón, actual límite fronterizo entre Brasil y Uruguay. De este

⁴ PORTO, Aurelio, *Historia das missoes orientais do Uruguai* (1954), Porto Alegre, Selbauch, p. 479.

⁵ En el diario de viaje de José María Cabrer, comisario de la partida de demarcación de límites que al momento de la invasión portuguesa se encontraba en las misiones orientales, puede encontrarse una minuciosa descripción del modo en que se produjo la deserción de los guaraníes y de las estrategias utilizadas por los portugueses para incentivarla. CABRER, José María, “Diario de la partida demarcadora de límites”, en GONZÁLEZ, Melitón (1886), *El límite oriental del territorio de Misiones*, tomo III, Buenos Aires.

⁶ Sobre la participación de los charrúas y minuanes en la invasión portuguesa, puede consultarse ACOSTA Y LARA, Eduardo (1957), “Los charrúas y minuanes en el avance portugués de 1801”, en *Boletín Histórico del Ejército*, N° 71-72, Montevideo, pp. 163-175.

modo, la corona lusitana se apropió, a expensas de la española, de 90.000 kilómetros cuadrados –territorio equivalente al del Portugal metropolitano –en el que aproximadamente vivían 14.000 personas.

¿Por qué muchos guaraníes de las misiones orientales optaron por abandonar los pueblos en los que vivían desde hacía más de un siglo para pasarse a las filas de quienes habían combatido históricamente? ¿Qué estrategias utilizaron los portugueses para lograr la colaboración de los guaraníes? ¿Cómo puede explicarse que los indios charrúas y minuanes hayan participado activamente en la invasión portuguesa? ¿Por qué el sistema defensivo del virreinato del Río de la Plata no pudo contener la irrupción de una reducida partida de civiles? ¿Cuál fue la reacción de las autoridades españolas frente a tamaña pérdida? ¿Qué características tuvo la movilización militar organizada para recuperar las misiones? ¿Por qué esa movilización no logró recuperar el territorio ocupado por los portugueses? Un estudio integral del conflicto armado de 1801 debería proponerse responder a estas preguntas. En el caso de esta ponencia, por una cuestión de espacio no podremos abordar todos estos problemas, merecedores cada uno de un detallado estudio monográfico. En su lugar, este trabajo se concentrará en el abordaje de uno de ellos: la movilización militar que las autoridades españolas organizaron para recuperar las misiones. Esa movilización suponía, dada la urgencia de la situación y las enormes distancias a recorrer, una empresa organizativa de considerable magnitud. Esta ponencia se dedicará a estudiar a ese esfuerzo organizativo, concentrándose en los problemas concretos que debieron enfrentar las autoridades para reclutar y enviar a la guerra a hombres que por lo general, como en todo tiempo y lugar, no se mostraban interesados en arriesgar sus vidas lejos de sus hogares en causas que no sentían como propias. Además de la movilización de seres humanos, toda guerra supone la movilización de recursos sin los cuales aquellos no pueden combatir: en el caso del conflicto armado en cuestión, esos recursos fundamentales eran los caballos y las armas. El modo en que el estado colonial procuró hacerse de ellos será también un tema del que se ocupará este trabajo. Para finalizar se describirá el despliegue de la expedición militar española y las dificultades con las que se enfrentó, intentando comprender los motivos de su fracaso en el objetivo de recuperar las misiones orientales.

Consideramos que el estudio de la movilización militar en cuestión puede arrojar luz sobre un problema de mayor alcance, como ser el de las relaciones establecidas entre las

clases populares y el estado en el período tardo-colonial, y las estrategias utilizadas por éste para hacerse obedecer por aquéllas en una coyuntura crítica sin contar con los recursos necesarios para imponer sus decisiones por la fuerza en todo el territorio.

1. La formación del “campo volante”

A principios de junio de 1801 llegó al virreinato del Río de la Plata la noticia de la declaración de guerra de España a Portugal. La reacción de las autoridades locales fue la de convocar una junta de guerra, que se realizó el 5 de junio en Montevideo, y en la que se decidió la formación de un “campo volante” –bajo la dirección del subinspector militar Sobremonte –de 2000 hombres armados, 1500 de los cuales se concentrarían en Montevideo y 500 en Maldonado⁷. Se denominó “campo volante” a esa concentración de fuerzas militares ya que su función sería la de acudir al lugar que la necesidades defensivas lo exigiesen, siempre considerando que en el marco de una guerra contra Inglaterra y Portugal el ataque podría producirse tanto a uno de los puertos del Río de la Plata como a los puestos españoles de la frontera con los portugueses. La composición de dicho “campo” sería predominantemente miliciano y contaría con el aporte de distintas áreas del virreinato: Córdoba contribuiría con 1000 milicianos, Santa Fe con 200, Corrientes con 500 y Montevideo con 300. A esas fuerzas milicianas se les sumaría el aporte veterano de 200 blandengues de Buenos Aires⁸. Con el correr de los días quedó en evidencia que los 2000 milicianos proyectados eran un objetivo de máxima, difícil de cumplir. Un mes después de la junta de guerra, Sobremonte consideraba que el campo volante estaría compuesto por 1500 hombres⁹ y dos meses después hablaba de 1200¹⁰. Más allá de estas expectativas, la realidad era que en agosto de 1801 a Montevideo habían llegado solamente 500 milicianos cordobeses¹¹. Para entender la disparidad entre las expectativas originales de la junta de guerra y la realidad efectiva de la movilización es necesario que adoptemos una mirada local, intentando comprender los problemas efectivos que generaba en las distintas ciudades la movilización militar exigida por las autoridades del virreinato.

⁷ Carta de Sobremonte al virrey Del Pino, Montevideo, 6 de junio de 1801. IX, 2-9-7. Montevideo. Comandancia General de Armas. 1801.

⁸ Ibidem.

⁹ Carta de Sobremonte al virrey Del Pino, Montevideo, 8 de julio de 1801. IX, 2-9-7. Montevideo. Comandancia General de Armas. 1801.

¹⁰ Carta de Sobremonte al virrey Del Pino, Montevideo, 26 de agosto de 1801. IX, 2-9-7. Montevideo. Comandancia General de Armas. 1801.

¹¹ Carta del virrey Del Pino al ministro de guerra José Antonio Caballero, Montevideo, 22 de agosto de 1801. IX, 8-3-2. Correspondencia Avilés-Del Pino con ministros de la Corona. 1801.

El principal problema que tuvo Corrientes fue el de cómo reemplazar a los 500 milicianos que debían marchar a Montevideo, quienes cumplían la función de defender la frontera con los indígenas. Comunicada esta dificultad por el comandante de armas de Corrientes, el por entonces subinspector militar Sobremonte respondía sin muchas precisiones, sugiriendo que se arreglara como pudiera: “(...) queda en el intermedio suficiente tiempo para apurar, si será factible sin los perjuicios que indica o para resolver en caso de haberlos, cual otro partido pueda contribuir en su alivio”¹². En definitiva, Sobremonte entendía que el esfuerzo que se le estaba solicitando a Corrientes no era tan grande ya que 500 milicianos eran sólo “una cuarta parte del total” de las fuerzas milicianas de Corrientes y sus territorios adyacentes, en los cuales, según Cabrer, “2000 y tantos hombres son capaces de tomar las armas”¹³. Pero resultaba evidente que no era lo mismo para un miliciano prestar su servicio en su localidad que movilizarse miles de kilómetros para participar en una guerra en la que estaría en riesgo su vida. De ello era consciente el mismo Sobremonte, quien proponía como medio de seducción de los milicianos el cobro adelantado de una parte de la paga:

“En cuanto al socorro para esta salida no dudo que sería conveniente tuviesen el prest del primer mes para [ilegible], sin embargo del riesgo de deserción, porque como lamentan perjuicios de otros tiempos, convendría desengañarlos de que en éste se procura hacerles soportable el servicio por tales medios (...)”¹⁴.

Con la expresión esos “perjuicios de otros tiempos”, Sobremonte se estaba refiriendo a las históricas participaciones de milicianos correntinos en acciones militares que los excedían (tanto en las distintas campañas militares contra Colonia del Sacramento desde 1680¹⁵ como en la movilización a las misiones en las coyunturas de guerra con Portugal) pero sobre todo a las resistencias que esas participaciones habían generado en las milicias correntinas¹⁶. La estrategia de adelantar la paga para evitar los problemas de campañas anteriores pareciera ser que resultó exitosa, teniendo en cuenta que

¹² Carta de Sobremonte al virrey Del Pino, Montevideo, 22 de julio de 1801. IX, 2-9-7. Montevideo. Comandancia General de Armas. 1801.

¹³ CABRER, José María, op.cit., p. 357.

¹⁴ Carta de Sobremonte al virrey Del Pino, Montevideo, 22 de julio de 1801. IX, 2-9-7. Montevideo. Comandancia General de Armas. 1801.

¹⁵ En la expedición de 1680 a Colonia, Corrientes envió 80 milicianos; en la de 1704, 150; y en la expedición de Vértiz a Río Grande en 1776 los milicianos correntinos fueron 179.

¹⁶ En diciembre de 1762, 200 milicianos correntinos que se estaban movilizando a las misiones desertaron, del mismo modo que se amotinó la tropa miliciana que en marzo de 1763 se estaba dirigiendo al mismo destino. Sobre estos episodios puede consultarse, LABOUGLE, Raúl, *Historia de los comuneros* (1953), Buenos Aires, Coni.

efectivamente terminaron movilizándose a Montevideo los 500 hombres exigidos, los cuales se trasladaron a Maldonado hasta el final de la guerra¹⁷.

Pero el aporte militar de Corrientes no se limitó al campo volante de Montevideo. Por su relativa cercanía geográfica con las misiones, el gobernador Soria le solicitó el envío de fuerzas militares para defender el pueblo de San Miguel que en ese entonces estaba siendo sitiado por los portugueses. Numerosos son los testimonios que reflejan la movilización de milicianos correntinos directamente a las misiones. Uno de ellos es el del sargento de dragones Pedro Fondevila, quien había sido destinado, desde Buenos Aires, a la instrucción de las milicias de caballería de Corrientes: “Sobre mi marcha y hallándome con orden de vuestro virrey de Buenos Aires, envié 100 hombres de los de mi mando a socorrer al gobernador de los pueblos de Misiones que se hallaba atacado de los portugueses (...)”¹⁸. A su vez el mismo comandante de armas, José Ponciano Rolón, reconocía el cumplimiento de la orden dada por el virrey del Pino:

“Señor, con fecha 31 de agosto recibí el oficio de usted en el que me ordena que apurando los arbitrios despache a la mayor brevedad posible el número de las milicias del partido de mi mando, procurando vayan bien montadas y armadas según fuese posible (...) Mandé formar tres compañías de los partidos de Caacatí, Saladas y San Roque, por estar partidos lindando con los pueblos de Misiones, cuya disposición tomé para el más pronto auxilio a dicho señor gobernador. Mediante esta advertencia se ha logrado, el que el día 26 de septiembre marcharen las tres compañías dichas, cada una desde su partido. La del partido de Caacatí marchó con 70 hombres bien montados, y con las armas posibles (...) La compañía de Saladas marchó con 80 hombres, la de San Roque con 90 (...) La tropa va con mucho gusto, y aunque mi ánimo fue de sacar de cada partido 100 hombres; pero no ha sido posible por no haberlos, y aunque se pudo haber completado de otros partidos, pero sería dilatar el auxilio, como pide las presentes circunstancias no me parece podía andar más liberal en despacho de estas milicias en tan corto tiempo como se ve (...)”¹⁹.

En esta carta de Rolón se advierten algunas cuestiones importantes. En primer lugar la celeridad con que se procedió, y con éxito, al reclutamiento y movilización de las milicias: tengamos en cuenta que el comandante de armas recibió la orden del virrey el

¹⁷ Solicitud de ascenso del sargento de dragones Pedro Fondevila. IX, 28-7-5. Subinspección. 1802.

¹⁸ Solicitud de ascenso del sargento de dragones Pedro Fondevila. IX, 28-7-5. Subinspección. 1802.

¹⁹ Carta de José Ponciano Rolón al virrey Del Pino, Corrientes, 2 de noviembre de 1801. IX, 3-4-3. Corrientes. 1800-1804.

31 de agosto y 26 días después las milicias estaban marchando rumbo a las misiones. No tenemos indicios de cómo se logró tanta eficiencia, pero podemos sugerir que esa celeridad refleja que la presencia de las relaciones de mando y obediencia propias de un estado estaban más presentes de lo que se suele suponer en la época colonial, aun en territorios apartadísimos no sólo de la misma capital virreinal sino de su ciudad cabecera. Al mismo tiempo observamos que las milicias que se dirigieron a las misiones no eran originarias de la ciudad de Corrientes, sino de los partidos de Caacatí, Saladas y San Roque: Rolón aclara que ello tuvo por causa la mayor cercanía de estos lugares respecto a las misiones, aunque es probable que también haya influido la decisión del comandante de no sobrecargar la presión enroladora en la ciudad (recordemos que de allí provenían los 500 milicianos que se dirigieron al campo volante de Montevideo), lugar de fuertes resistencias en el pasado a este tipo de movilizaciones y que en alguna ocasión habían derivado en una sublevación que quitó del poder al teniente de gobernador²⁰.

De esta forma podemos cuantificar el aporte de Corrientes a la guerra de 1801 en alrededor de 840 hombres, teniendo en cuenta los 500 milicianos que se dirigieron a Montevideo, los 100 que envió Fondevila a las misiones (todos estos reclutados probablemente en la ciudad de Corrientes) y los 240 movilizados al mismo destino de los partidos de Caacatí, Saladas y San Roque. Ahora bien, ¿quiénes eran esos hombres? Según la denuncia del sargento mayor del partido de San Roque, Luis Fernández, sólo los pobres estaban siendo reclutados para la guerra:

“(…) pues se ha experimentado en esta decisión, que por disposición de V.Excelencia caminan a Montevideo y Misiones, que los milicianos son los más pobres y desamparados, a causa de que no se han hecho las listas con aquel modo y diligencia que debía, y con la compasiva benignidad que V.E. ha mandado que se haga; pues los que van son aquellos que, por pasión, poco valimiento o porque no han tenido posibles como zafarse, cuando debía suceder lo contrario, que los de mayor posibilidad debían ser los primeros que habían de marchar para el mejor servicio de Dios y empeño en el Real Servicio (...)”²¹.

²⁰ Así ocurrió en octubre de 1764 con el teniente de gobernador Rivera Miranda, que fue sacado del poder y hecho prisionero por un grupo de hombres liderado por los soldados de milicias Gaspar de Ayala y Ramón Paredes, quienes habían impulsado la desertión de las misiones en diciembre de 1762.

²¹ Carta de Luis Fernández al virrey Del Pino, Santa Lucía, 2 de octubre de 1801. IX, 24-3-7. Guerra y Marina. 1801.

Si el reclutamiento se había concentrado exclusivamente en los pobres ello se debía a la acción de los jefes militares, quienes “sólo han atendido a poner venganza a sus pasiones, y al beneficio de sus particulares intereses (...) faltando a la caridad de tanto miserable, y patrocinando a aquellos que con más comodidad podían desempeñar el servicio”²². Esa complicidad entre las autoridades militares y los miembros de la elite tenía como correlato una especie de nepotismo, que fue advertida por el nuevo comandante de armas Manuel de Basabé, quien definía al reclutamiento realizado hasta su llegada al cargo como un “escandaloso abuso” ya que no se habían alistado “muchos individuos por amigos y parientes de los comandantes, sargentos mayores, alcaldes de hermandad, curas y otros mandones”²³. Enterado de este tipo de prácticas, el virrey del Pino se esforzó en corregirlas ordenando al nuevo comandante un “imparcial alistamiento en que se incluyan los exceptuados por igual motivo”, en el que estarían incluidos, sin ningún tipo de privilegios,

“todos los sujetos que pasen de 16 años que no hayan reconocido compañía (...), sean hijos de familia, emancipados, solteros o casados (...) debiendo ser del cuidado de los comandantes, sargentos mayores y capitanes el expeccionar y delatar a dichos individuos, bajo pena de ser depuestos y reducidos a la clase de soldados”²⁴.

El resultado del nuevo reclutamiento fue exitoso, ya que se presentaron “386 individuos que jamás han hecho servicio alguno y que siendo los más hacendados, quedaron sin caminar en las armadas”²⁵. Vemos así que la autoridad militar enviada por el virrey (Basabé) venía a aplicar en Corrientes el novedoso principio borbónico del alistamiento general, que chocaba con el sistema miliciano tradicional, basado en un extendido sistema de excepciones que tenía como principales beneficiarios a los miembros de las elites.

En el caso de Santa Fe nos encontramos con problemas similares. Del mismo modo que Corrientes, Santa Fe había participado en las distintas expediciones militares que se

²² Ibidem.

²³ Carta de Manuel de Basabé al virrey virrey Del Pino, Corrientes, 20 de diciembre de 1801. IX, 3-4-3. Corrientes. 1800-1804.

²⁴ Ibidem.

²⁵ Carta de Manuel de Basabé al virrey Del Pino, Corrientes, 28 de enero de 1802. IX, 3-4-3. Corrientes. 1800-1804.

habían realizado contra Colonia del Sacramento²⁶. En oportunidad de la guerra de 1801, los 200 milicianos prescriptos en la junta de guerra del 5 de junio efectivamente arribaron al campo volante de Montevideo²⁷. Estos 200 hombres representaban, según Sobremonte, “menos de la mitad de todos [los] milicianos” de Santa Fe, que alcanzaban la cifra de 462²⁸, sin contar a los 100 blandengues dedicados a defender la frontera²⁹. Al igual que en Corrientes, la movilización de milicias a Montevideo generaba el problema de cómo reemplazarlas en su función histórica de custodiar la peligrosísima frontera con los indígenas. Ante la consulta del teniente gobernador de Santa Fe sobre este punto, el virrey del Pino había ordenado para su relevo la utilización de las milicias de Paraná y Nogoyá³⁰ que estaban bajo el mando del cabildo santafesino³¹. Respecto al modo de asegurarse la participación de los milicianos, observamos una práctica particular que no consistía precisamente en adelantar la paga. Así la describía el ministro de la real hacienda en carta al virrey del Pino:

“He recibido con el oficio de V.E de 29 del antecedente septiembre la relación de los individuos de milicias de Santa Fe que vienen a esta plaza [Montevideo] a cargo del teniente Don Joaquín Álvarez, y dejan a sus familias las asignaciones que en ella se demuestran cuya retención tendría principios desde 1º del corriente, quedando, como quedo, con el cuidado de dar noticia a la caja de Santa Fe de todas las novedades que ocurran en el particular”³².

De esta forma vemos que no se trataba, pareciera, de adelantarle la paga al miliciano antes de o durante la movilización, sino de abonarles a sus familias (que obviamente se habían quedado en Santa Fe) una vez que se hubiese confirmado la llegada de los milicianos a Montevideo. Esta confirmación estaría a cargo del ministro de la real hacienda, quien, insistimos, no le pagaría a los soldados, sino que le comunicaría a la respectiva caja de Santa Fe para que le abonase el correspondiente sueldo a las familias de los milicianos. Es probable que esta extraña práctica se hubiese diseñado para combatir la desertión, ya que de existir el tradicional adelanto al soldado antes de

²⁶ En 1680 con 50 milicianos; en 1704 con 156; y en 1762 con 100.

²⁷ Carta del ministro de la real hacienda Ventura Gómez al virrey Del Pino, Montevideo, 9 de octubre de 1801. IX, 2-9-7. Montevideo. Comandancia General de Armas. 1801.

²⁸ Carta de Sobremonte al virrey Del Pino, Montevideo, 22 de julio de 1801. IX, 2-9-7. Montevideo. Comandancia General de Armas. 1801.

²⁹ CABRER, José María, op.cit., p. 381.

³⁰ Carta de Sobremonte al virrey Del Pino, Montevideo, 22 de julio de 1801. IX, 2-9-7. Montevideo. Comandancia General de Armas. 1801.

³¹ Carta del virrey Del Pino a Sobremonte, Buenos Aires, 18 de julio de 1801. IX, 2-9-7. Montevideo. Comandancia General de Armas. 1801.

³² Carta de Ventura Gómez al virrey Del Pino, Montevideo, 8 de octubre de 1801. IX, 2-9-7. Montevideo. Comandancia General de Armas. 1801.

iniciada la movilización el soldado podría abandonar el servicio apenas iniciada la misma quedándose con el adelanto. Con esta modalidad, la familia del soldado sólo recibía la paga en la medida en que el soldado no desertase. Si éste lo hacía, la familia no cobraba. De alguna forma la única garantía que tenía el soldado para cobrar era permanecer en el servicio.

Según lo acordado en la junta de guerra del 5 de junio, Córdoba aportaría la elevada cifra de 1000 milicianos para la formación del campo volante en Montevideo. Esta colaboración cordobesa no era una novedad: tanto en la expedición de 1680 contra Colonia como en la de 1704 se movilizaron desde Córdoba 300 y 200 milicianos respectivamente. En ocasión de la guerra de 1801 pareciera que el número previsto en la junta de guerra no pudo cumplirse: las referencias que tenemos sobre el aporte real de la intendencia de Córdoba al campo volante nos hablan de 500 milicianos, y no de 1000³³. Conocedor del territorio a raíz de su experiencia como gobernador intendente durante años, Sobremonte sugería qué estrategias se debían utilizar para reclutar con éxito. Una de ellas era la de plantearles que el servicio sería solamente por un año y que en caso de prolongarse la guerra serían relevados por otra partida de milicianos cordobeses³⁴. Al mismo tiempo había que ofrecerles

“la asistencia a sus familias, satisfaciéndose por las respectivas tesorerías la asignación que les deben y abonarles los caballos que costare haber perdido en este servicio, por cuyos medios, y empleando ya los de suavidad o ya de entereza, haciéndoles conocer sus obligaciones de vasallos, no dudo que vengan sin repugnancia (...)”³⁵.

En esta cita vemos la misma práctica señalada para el caso de Santa Fe consistente en pagarles a sus familias en la medida en que los milicianos se presentaran en el campo volante de Montevideo. A su vez el testimonio de Sobremonte refleja que eran los mismos milicianos quienes tenían que poner los caballos para la expedición, algo que parece haber sido habitual en las campañas precedentes: el aliciente en este caso era que

³³ Oficio del gobernador intendente de Córdoba al virrey Del Pino, 16 de julio de 1801. IX, 5-10-6. Intendencia de Córdoba. 1800-1803, y Carta del virrey Del Pino al ministro de guerra José Antonio Caballero, Montevideo, 22 de agosto de 1801. IX, 8-3-2. Correspondencia Avilés-Del Pino con ministros de la Corona. 1801.

³⁴ Carta de Sobremonte al virrey Del Pino, Montevideo, 6 de junio de 1801. IX, 2-9-7. Montevideo. Comandancia General de Armas. 1801.

³⁵ Ibidem.

el estado les pagaría el costo de los caballos que hubiesen perdido en el servicio. La “suavidad” a la que alude el subinspector se manifestaba en que sería muy importante tener en cuenta los intereses de los milicianos y escucharlos. En este caso debería tenerse en cuenta la opinión de los mismos a la hora de elegir el camino para llegar a Montevideo: “(...) la dificultad que hay que vencer es cuál les sea más cómodo, si el venir a Buenos Aires y embarcarse para esta banda, o pasar el Paraná para evitar el viaje del río que considero les sería repugnante”³⁶. Esta preocupación de Sobremonte por obtener el consenso de los milicianos cordobeses da cuenta de que el servicio miliciano era ante todo un servicio negociado, hecho que no podía ser de otra manera en un contexto marcado por la debilidad operativa del estado para hacer cumplir sus disposiciones por la fuerza.

Montevideo no tuvo dificultades en cumplir con los 300 milicianos que la junta de guerra acordó que debía aportar para la formación del campo volante. Ello se debía no sólo a la ventaja de que sus milicianos no tuviesen que movilizarse (ya que el campo volante se realizaría a las afueras de su misma ciudad), sino también a que la ciudad estaba desde hacía algunos años militarizada. No decimos esto solamente por el hecho de que allí se concentraban casi todas las fuerzas veteranas del virreinato, sino porque además una importante proporción de su población se hallaba encuadrada en las milicias, de las cuales cuatro compañías de infantería –que agrupaban a 297 hombres – estaban “al sueldo” desde el año 1800³⁷. A la espera de un ataque inglés al puerto de Montevideo, el servicio de milicias se había universalizado, aumentando el número de pardos y morenos integrantes de las mismas y creando, a principios de 1801, una compañía de indios que comenzó teniendo 123 hombres³⁸. Enterados de la declaración de guerra a Portugal, se acentuó el proceso de movilización militar de la ciudad: en junio de 1801 el virrey del Pino le ordenó a Sobremonte que todos los hombres de la ciudad, “sin distinción de personas, ni empleados, se alisten e instruyan en el manejo de las armas”³⁹; y en agosto el virrey dispuso que todas las compañías de milicias de infantería se pusieran al sueldo⁴⁰.

³⁶ Ibidem.

³⁷ Carta de Francisco Rodríguez Cortés al virrey Avilés, Montevideo, 15 de diciembre de 1800. IX, 2-9-6. Montevideo. 1800-1801.

³⁸ Carta de Sobremonte al virrey Avilés, Montevideo, 15 de abril de 1801. IX, 2-9-6. Montevideo. 1800-1801.

³⁹ Carta del virrey Del Pino a Sobremonte, Buenos Aires, 13 de junio de 1801. IX, 11-8-1. Gobierno. Audiencia. Tabacos. Guerra. Misiones. 1799-1809.

⁴⁰ Carta del virrey Del Pino al ministro de la real hacienda, Buenos Aires, 15 de agosto de 1801. IX, 11-8-1. Gobierno. Audiencia. Tabaco. Guerra. Misiones. 1799-1809.

La capital del virreinato no participó activamente del esfuerzo militar que se le estaba exigiendo a la población de las ciudades señaladas. Según lo que se desprende de las fuentes, sólo se movilizaron desde Buenos Aires a Montevideo 200 blandengues que fueron reemplazados en la defensa de la frontera indígena por fuerzas milicianas de la campaña⁴¹, y algunos pocos hombres más que probablemente fuesen los pocos veteranos que quedaban en la ciudad⁴². No hemos encontrado evidencias de que se hayan movilitado milicianos de Buenos Aires –que era la ciudad más poblada del virreinato –al campo volante de Montevideo. La imagen que se deriva de las fuentes es que la guerra resultó algo ajeno para la capital: un indicio de ello es que en los acuerdos del cabildo de Buenos Aires del año 1801 prácticamente no existen alusiones al conflicto militar con Portugal. ¿Por qué ocurrió ello? ¿Por qué no se le exigieron sacrificios a la población de Buenos Aires? Podemos plantear como hipótesis que las autoridades tenían muy presentes las experiencias militares pasadas, en las cuales los milicianos de la ciudad y de la campaña habían demostrado una tenaz resistencia a participar en expediciones militares en la otra banda del Río de la Plata⁴³. En una coyuntura militar en extremo difícil es probable que lo último que quisieran las autoridades fuese ganarse la oposición de la levantisca población porteña, de cuyo seno ya habían surgido pequeños grupos políticos que comenzaban a impugnar el vínculo colonial con la metrópoli⁴⁴.

⁴¹ Carta de Sobremonte al virrey Del Pino, Montevideo, 6 de junio de 1801. IX, 2-9-7, y carta del virrey Del Pino al ministro Caballero, Buenos Aires, 26 de marzo de 1802. IX, 8-3-3. Correspondencia Del Pino-Caballero. 1802.

⁴² Del Pino sólo nos dice que movilizó desde Buenos Aires “los pocos auxilios que se habían reservado en ella por el caso de un ataque de los ingleses”. Carta del virrey Del Pino al ministro Caballero, Buenos Aires, 26 de marzo de 1802. IX, 8-3-3. Correspondencia Del Pino-Caballero. 1802.

⁴³ Por ejemplo, en 1762 Cevallos tuvo que enfrentar una masiva desertión de las milicias de Magdalena cuando estaba a punto de embarcar a las tropas rumbo a Colonia. La desertión de los milicianos de Buenos Aires continuó siendo masiva durante la campaña militar en Colonia. Puede consultarse al respecto GAMMALSON, Hjalmar Edmundo (1976), *El virrey Cevallos*, Buenos Aires, Ediciones Plus Ultra, pp. 103-104.

⁴⁴ Un indicio de la presencia de esos grupos es el bando publicado el 6 de agosto de 1799 por el virrey Avilés en el que se prohibía la circulación de panfletos contrarios al gobierno, prohibición que sugiere que esos panfletos existían. El texto decía así: “Por cuanto estoy informado haberse introducido en esta capital y otras ciudades y parajes del distrito de mi mando, distintos papeles extranjeros de varias partes de Europa y aun de los establecimientos enemigos de América, que además de contener relaciones odiosas de insurrección, revoluciones y trastornos de los gobiernos establecidos y admitidos generalmente, exponen hechos falsos e injuriosos a la Nación española y a su sabio y justo Gobierno”. IX, 8-10-8. Bandos. Otro indicio lo constituye la situación comentada por el secretario del virrey Avilés, Miguel Lastarria: “con ocasión de haber insultado de noche a la guardia del Virrey Marqués de Avilés, amaneciendo pasquines de Viva la Libertad”, que “obligó a cargar con bala los cañones del Fuerte y Palacio en que estábamos apuntándolos contra las avenidas”. En “Memoria sobre la reorganización y plan de seguridad de las provincias del Río de la Plata (1818)”. *Boletín del Instituto de Historia Argentina*, 1 1956, pp. 272-296, p. 276.

2. La logística de la guerra

Como se sabe, una guerra no requiere únicamente movilizar hombres. También son imprescindibles determinados insumos sin los cuales los hombres no pueden combatir. Desde las guerras de la Antigüedad hasta inclusive la Primera Guerra Mundial uno de esos insumos fundamentales eran los caballos. En las campañas del virreinato había muchos caballos. El problema consistía en que se tardaría mucho tiempo en comprarlos y enviarlos desde los distintos puntos del virreinato a Montevideo. Al mismo tiempo, al no existir un organizado sistema estatal de producción de caballos, muy pocos eran propiedad del estado colonial. Dadas estas circunstancias, el estado debía comprarlos en la campaña oriental. ¿De qué modo? Así lo instruía el virrey del Pino a un ministro de la real hacienda de Montevideo:

“Siendo muy grande el acopio de caballos conforme a lo acordado en junta de guerra celebrada en esa plaza y teniendo encargado al señor gobernador la compra de cuatro mil a seis mil, le prevengo (...) lo siguiente: Está bien que como usted me dice haya expedido circulares para que se presenten hacendados que quieran vender caballos, y como el medio seguro de no comprar los que no puedan servir cuando sean precisos, es poner al cuidado de sujetos de probidad acreditada y de inteligencia el reconocimiento, me parece que serán muy a propósito el capitán del Regimiento Fijo de Infantería Don José Rodríguez y el de milicias de esa ciudad Don Manuel Pérez, debiendo preceder a todos los pagos su reconocimiento y aprobación”⁴⁵.

De lo que se trataba, entonces, era de una especie de convocatoria pública a los hacendados que tuviesen la intención de vender caballos. No era una cuestión menor, ya que se utilizarían para la guerra, la calidad de los caballos a comprar: por ello el virrey instruía precisamente quiénes debían ser los encargados de las compras. Respecto al modo de pago, nos resulta difícil creer –como lo sugiere el virrey en la última línea – que en una situación financiera apremiante el estado abonase en efectivo contra entrega a los vendedores de caballos. Por el contrario, el virrey del Pino reconocía la existencia de compras compulsivas contra entrega de un pagaré que en la primera década revolucionaria se transformarían en algo habitual: “(...) estreché mis órdenes para que dejando a los hacendados de aquella banda el número de caballos absolutamente preciso

⁴⁵ Carta del virrey Del Pino al ministro de la real hacienda de Montevideo, Buenos Aires, 20 de junio de 1801. IX, 2-9-7. Montevideo. Comandancia General de Armas 1801.

para el servicio y faenas de sus estancias se los tomasen de cuenta de la Real hacienda por su justo precio todos sus sobrantes”⁴⁶.

Este sistema de compras a particulares no pudo solucionar por completo el problema de la falta de caballos, que fue una constante durante toda la campaña militar a la frontera y que limitó seriamente las acciones ofensivas de las fuerzas españolas⁴⁷. Así lo reconocía el mismo virrey: “aunque este medio produjo sucesivamente el acopio de ellos en número bastante acrecido no pudo ser con la prontitud que requería la urgencia, y como la estación seca era la más rigurosa de invierno, a las primeras fatigas de campaña quedaban para su debilidad estropeados y rendidos”⁴⁸.

Con otro de los recursos necesarios para la guerra, como eran las carretas, se adoptó la misma solución de comprarles a los particulares⁴⁹. No ocurrió lo mismo con las armas, ya que evidentemente la población civil no las tenía en la cantidad que poseía caballos y carretas. La solución adoptada en este caso fue la de producirlas localmente ante la ausencia de los envíos desde España. Así lo comentaba Sobremonte en referencia a la falta de espadas:

“(…) el señor comandante general de Artillería ha hecho construir unas de muestra, que pueden suplir la falta de las de España, pero no creen que bajen de 8 pesos cada una, y como la urgencia es extrema me propone que se emprenderán aquí con la prontitud que sea dable, sin perjuicio de verificarse su fábrica en esa capital [Buenos Aires]”⁵⁰.

Esa producción local de armas fue complementada con otras soluciones, como la de comprar 390 sables que estaban en el depósito de la aduana de Montevideo “correspondientes a una de las presas por los franceses que hoy tienen aquí comisionado

⁴⁶ Carta del virrey Del Pino al ministro Caballero, Buenos Aires, IX, 8-3-3. Correspondencia Del Pino-Caballero. 1802.

⁴⁷ Del Pino señalaba que el principal obstáculo para lograr la recuperación de las misiones fue la falta de caballos, que impidió, una vez tomado Cerro Largo, enviar una expedición numerosa hacia las misiones. Carta del virrey Del Pino al ministro Caballero, Buenos Aires, 26 de marzo de 1802. IX, 8-3-3.

⁴⁸ Ibidem.

⁴⁹ Carta del virrey Del Pino al ministro de la real hacienda de Montevideo, Buenos Aires, 20 de junio de 1801. IX, 2-9-7. Montevideo. Comandancia General de Armas. 1801.

⁵⁰ Carta de Sobremonte al virrey Del Pino, Montevideo, 19 de agosto de 1801. IX, 2-9-7. Montevideo. Comandancia General de Armas. 1801.

para disponer de estos efectos”⁵¹. De esta forma harto dificultosa se estaba preparando el ejército que tendría que recuperar las misiones orientales. Veamos a continuación cómo le fue en esa tarea.

3. Guerra sin batallas

Enterado de la ocupación portuguesa de las misiones orientales y de las guardias españolas de frontera (que habían sido abandonadas por las tropas españolas cumpliendo las órdenes históricas que tenían de no presentar batalla ante fuerzas militares superiores para replegarse en Cerro Largo), el virrey del Pino decidió enviar a las misiones “cerca de 200 blandengues con una porción de fusiles, municiones y lanzas, en defecto de espadas, para armar más de 1000 hombres de milicias que, aunque de mala disposición, se pudieron reunir allí entre paraguayos y correntinos”⁵². El objetivo de esta fuerza militar era el de evitar que los portugueses cruzaran el río Uruguay para ocupar las misiones occidentales, objetivo que fue cumplido ya que ante esta demostración de fuerza los portugueses desistieron de atacarlas. Vale aclarar que desde Montevideo sólo se movilizaron los 200 blandengues, ya que los 1000 hombres de milicias –a los que parece que costó movilizar –se dirigieron directamente desde Corrientes y Paraguay. Este movimiento formaba parte de una estrategia más amplia que consistía en hacer una especie de “sándwich” con los portugueses que estaban en las misiones, puesto que simultáneamente desde el este una expedición los atacaría partiendo de Cerro Largo: esta expedición, compuesta inicialmente por 500 hombres y conformada con una mezcla de los veteranos que estaban en Cerro Largo y los que venían de las guardias de frontera abandonadas, sumados a los milicianos que se habían puesto al sueldo en Cerro Largo, se dirigió rumbo a las misiones orientales bajo las órdenes del comandante de blandengues de Buenos Aires Nicolás de la Quintana. El objetivo de penetrar en las misiones no pudo ser cumplido debido a “la distancia, lo riguroso de la estación, la falta de medios y, sobre todo, la de buenos caballos en el número y estado necesarios para estas operaciones”⁵³. La falta de caballos impidió que se movilizaran los 500 hombres previstos en las órdenes del virrey, que terminaron siendo 300. Al problema fundamental de la carencia de caballos se le sumó la guerra de recursos practicada por los portugueses:

⁵¹ Carta de Sobremonte al virrey Del Pino, Montevideo, 15 de julio de 1801. IX, 2-9-7.

⁵² Carta del virrey Del Pino al ministro Caballero, Buenos Aires, 26 de marzo de 1802. IX, 8-3-3. Correspondencia Del Pino-Caballero. 1802.

⁵³ Ibidem.

“(…) no pudo arribar a su destino a causa de que habiendo encontrado talados y asolados los campos por el fuego que les habían puesto los enemigos para dificultar nuestro tránsito por ellos quedaron enteramente rendidos los caballos a las primeras jornadas, y aquellos miserables soldados casi de a pie sin tener que comer y obligados no pocas veces a conducir a brazo los cañones, se vieron en los mayores conflictos y trabajos (…)”⁵⁴.

Ante estas dificultades la expedición conducida por Quintana tuvo que regresar a Cerro Largo tras dos meses de haber partido. Estos dos meses en que quedó desprotegida la guardia, fueron aprovechados por los portugueses, que cruzaron el río Yaguarón (río que divide actualmente a Uruguay de Brasil) y tomaron Cerro Largo con 1000 soldados liderados por el marqués de Souza. Esa conquista portuguesa se revelaría efímera ya que la guardia fue abandonada por los portugueses sin luchar ante la llegada de una fuerza de 1000 hombres, en su mayoría milicianos provenientes del campo volante de Montevideo, bajo el liderazgo de Sobremonte⁵⁵. Continuando las acciones ofensivas, y con la intención de dispersar a las fuerzas portuguesas defensivas, el virrey del Pino dispuso que las tropas que se hallaban en Maldonado avanzasen y se uniesen con las del fuerte de Santa Teresa “amagando adelantarse hacia el Río Grande de San Pedro” por la costa⁵⁶. Esta acción fue complementada con la movilización de las milicias que habían quedado en Montevideo rumbo a Maldonado, con el fin de proteger a esta plaza de un eventual ataque marítimo inglés.

Luego de recuperar Cerro Largo, Sobremonte no pudo cumplir con el objetivo de perseguir a los portugueses al otro del río Yaguarón debido a que

“habiendo encontrado quemados y asolados también por los enemigos aquellos campos se halló sin pastos para su caballada, que como recientemente comprada en la mayor parte, y toda ella cansada y estropeada con tantas marchas, resultó inútil para emprender ulteriores operaciones por cuya razón resolvió suspenderlas, y hacer alto en aquel sitio hasta consultarme e instruirme de su situación (…)”⁵⁷.

⁵⁴ Ibidem.

⁵⁵ Ibidem.

⁵⁶ Ibidem.

⁵⁷ Ibidem.

Vemos aquí, nuevamente, que uno de los principales problemas de la expedición española fue la falta de caballos (en cantidad y calidad) para desplazarse, situación que fue agravada por la estrategia portuguesa de quemar los campos para impedir que aquellos se alimentasen. Ante estas dificultades, Sobremonte sólo pudo enviar una pequeña partida (las fuentes no nos dicen de cuántos integrantes) para intentar recuperar las misiones al mando de Nicolás de la Quintana y Bernardo Lecoq.

Ante la importante concentración de fuerzas españolas en la costa sur del río Yaguarón (que a comienzos de diciembre llegaron a ser 2000), el marqués de Souza intimó a Sobremonte a no ejercer hostilidades por haberse firmado en Europa la paz entre las dos coronas el 6 de junio. Negándose Sobremonte en primera instancia a esta intimación, consultó por escrito al virrey del Pino –que estaba en Buenos Aires –sobre lo que debía hacer, quien le ordenó suspender las acciones ofensivas, aunque reclamando la devolución de los territorios ocupados por los portugueses⁵⁸. La confirmación oficial de la paz firmada en Badajoz llegó a Montevideo el 28 de diciembre de 1801: enterado el virrey, ordenó el retiro de las tropas españolas de los parajes de frontera adonde habían sido movilizadas y comenzó el camino de la negociación diplomática, solicitándole, infructuosamente, primero al gobernador portugués de Río Grande y luego al virrey del Brasil, la evacuación de los territorios ocupados durante la guerra⁵⁹.

Esta decisión del virrey del Pino ha sido muy criticada por los historiadores argentinos que se han ocupado del tema⁶⁰. Ellos consideran que fue un “error” del virrey no exigirles a las autoridades portuguesas la devolución del territorio de las misiones antes de acceder a la suspensión de las hostilidades. Del mismo modo lo consideraron las autoridades metropolitanas, quienes en una real orden del 28 de julio de 1802 desaprobaron su conducta y le exigieron explicaciones sobre lo sucedido. A nuestro entender, este tipo de interpretaciones no tiene en cuenta los problemas estructurales del sistema defensivo del virreinato del Río de la Plata – la falta de tropa veterana, la desprotección de las guardias de frontera con los portugueses, la decadencia de las misiones tras la expulsión de los jesuitas y la falta de un sistema estatal de producción de caballos – que son los que explican, en definitiva, la transferencia de casi 90.000

⁵⁸ Ibidem.

⁵⁹ Carta del virrey Del Pino al ministro Caballero, Buenos Aires, 21 de agosto de 1802. IX, 8-3-3.

⁶⁰ BEVERINA, Juan, *El virreinato de las provincias del Río de la Plata; su organización militar* (1935), Buenos Aires, Círculo Militar, p. 189 y MAEDER, Ernesto (1992), *Misiones del Paraguay. Conflicto y disolución de la sociedad guaraní*, Madrid, MAPFRE, p. 220.

kilómetros cuadrados a la soberanía portuguesa. El problema de Del Pino era que no tenía las fuerzas necesarias para obligar a los portugueses a retirarse. Sobre estos problemas puso énfasis en su defensa, señalando “el estado inerme e indefenso en que de años antes se hallaban estas provincias, sin haberse remitido los auxilios con que se pensó socorrerme”, el retraso con que se enteró del inicio de la guerra en Europa – situación que contrastaba con lo ocurrido del lado portugués –y, sobre todo, la imposibilidad de realizar un ataque militar. En el caso de emprender una acción ofensiva, se defendía el virrey, lo más probable hubiese sido perder “aquel pequeño ejército en que consistía toda la fuerza de la provincia dejándola expuesta al arbitrio de los portugueses si los autorizaba con mi conducta a la continuación de las hostilidades”⁶¹. Pero en la decisión de desmovilizar a las tropas no entraban en juego sólo factores militares. El costo que significaba para las débiles finanzas del virreinato sostener a esa importante cantidad de soldados movilizados y la necesidad de mano de obra para la inminente cosecha (recordemos que las fuerzas fueron desmovilizadas en diciembre) son factores que pesaron tanto como los militares en la decisión del virrey. Así se lo hacía saber el mismo Del Pino a Sobremonte, al ordenarle el retiro de los milicianos que se hallaban al sueldo (todos en una situación de movilización militar) para que emprendieran

“sin pérdida de tiempo su marcha para retirarse a sus domicilios, y que los que existan allí de Córdoba y San Luis se reúnan en Montevideo lo más pronto que sea dable, y que se despachen en las primeras ocasiones a esta capital [Buenos Aires] para que desde ella puedan continuar a sus destinos respectivos con el fin de redimir cuanto antes sea posible al Erario de las crecidas erogaciones que está sufriendo en el pago de estas tropas, y consultar al mismo tiempo el beneficio de las provincias restituyéndoles estos brazos, que tanta falta hacen para las labores del campo, principalmente en la presente estación”⁶².

Pero este problema no era exclusivo de las fuerzas españolas. También a los portugueses les resultaba difícil mantener a los milicianos en posiciones de combate, ya que en su mayoría eran agricultores que dependían del ciclo agrícola para subsistir. Ello explica que el 27 de diciembre el comandante Correia da Câmara le escribiera al gobernador de Río Grande alegando dificultades para mantener a sus soldados en

⁶¹ Carta del virrey Del Pino al ministro Caballero, Buenos Aires, 21 de agosto de 1802. IX, 8-3-3.

⁶² Carta del virrey Del Pino a Sobremonte, Buenos Aires, 2 de enero de 1802. IX, 28-7-5. Subinspección. 1802.

campaña, ya que ellos querían retirarse para recoger su cosecha⁶³. Y de la misma forma que en el virreinato del Río de la Plata, los problemas financieros repercutían en el aparato militar, cuyos soldados veteranos, como señalamos, no recibían sus sueldos desde hacía más de un año. De este modo pareciera ser que en la guerra de 1801 –en la que curiosamente no se produjeron batallas –no se enfrentaron un aparato militar fortalecido y otro en crisis, sino que más bien se deriva la imagen de una situación de empate entre dos sistemas militares que enfrentaban problemas similares. El resultado de la guerra, entonces, se explicaría por el mayor sentido de la oportunidad que tuvieron los portugueses para movilizar los recursos disponibles –a una distancia menor de lo que debían hacerlo las fuerzas rioplatenses –y para aprovecharse de las debilidades del enemigo.

Conclusiones

El estudio de la movilización militar desplegada en el virreinato del Río de la Plata para enfrentar la invasión portuguesa de las misiones orientales nos permite identificar una serie de problemas y prácticas militares que se reproducirían durante las guerras revolucionarias de la década de 1810. Una de ellas fue, como lo hemos visto en el caso de Corrientes, la existencia de métodos de reclutamiento compulsivo de las personas que debían integrar las fuerzas militares, que recayeron casi exclusivamente sobre las clases populares. A su vez hemos señalado la existencia de algunos problemas logísticos que se repetirían en las guerras revolucionarias (entre ellos destacamos la falta de caballos, armas y carretas) y las soluciones instrumentadas para superarlos, como las compras compulsivas contra entrega de un pagaré (los llamados “préstamos forzosos” de la década de 1810) de caballos y carretas, y el comienzo de una pequeña industria local de armas.

La guerra de recursos es otra de las prácticas presentes en las guerras revolucionarias que se ve anticipada en el conflicto de 1801. Si bien no hemos podido estudiarlo en esta ponencia por una cuestión de espacio, las fuerzas portuguesas dirigidas por Borges do Canto se entregaron a un saqueo sistemático de los lugares ocupados, aunque no indiscriminado, ya que el saqueo se concentró en los bienes de los españoles y se prohibió expresamente tocar las propiedades de los guaraníes. Otra variante de la guerra de recursos que hemos encontrado fue la práctica de los portugueses de quemar los

⁶³ FRUHAF GARCIA, Elisa, op.cit., p. 210.

campos para impedir que los caballos de los españoles se alimentasen y, en consecuencia, aquellos pudiesen emprender acciones ofensivas. Tan determinante resultó esta práctica para el resultado de la guerra que Sobremonte la consideró como el principal obstáculo que le impidió cruzar el río Yaguarón con los 2000 hombres que había logrado movilizar para reconquistar las misiones.

La composición de los ejércitos también anticipa a la existente en las guerras revolucionarias. La articulación de milicias originarias de lugares diferentes (en nuestro caso, de Córdoba, Corrientes, Santa Fe, Montevideo y Paraguay), de tropas veteranas y de formaciones provenientes desde las misiones occidentales, nos remite a los ejércitos formados durante la década de 1810, los cuales, lejos de ser todos profesionales, eran “aglomerados heterogéneos e inestables”⁶⁴. Al mismo tiempo podemos señalar que en la guerra de 1801 vemos presente una forma de hacer la guerra típica de la época revolucionaria y que tendría una larga perduración: nos estamos refiriendo a la llamada guerra de montoneras o guerra irregular. La composición de las reducidas partidas portuguesas que tomaron las misiones orientales –conformadas por desertores y contrabandistas portugueses, guaraníes misioneros, charrúas y minuanes –, que a su vez reproducía la composición de las partidas de salteadores existentes en la frontera desde hacía muchísimos años, se asemeja bastante a las formaciones armadas que fueron denominadas montoneras en la época revolucionaria⁶⁵. Resulta significativa la similitud de las partidas portuguesas lideradas por Borges do Canto con el ejército conformado por Artigas (considerado por muchos integrantes de las elites como el origen de la montonera), en el que convergían el núcleo veterano representado por los blandengues de Montevideo (muchos de los cuales habían sido desertores, ladrones y contrabandistas de la campaña), un conjunto de milicias locales y el apoyo brindado por las milicias de los pueblos misioneros y los indios “infeles”, entre los que se hallaban los charrúas, los minuanes y los guaraníes desertores del sistema misionero ⁶⁶.

⁶⁴ FRADKIN, Raúl (2012) “Guerra y sociedad en el litoral rioplatense en la primera mitad del siglo XIX”, sin publicar, p. 8.

⁶⁵ Resulta curioso advertir que la tendencia de las elites argentinas del siglo XIX de instalar una simbiosis entre los caudillos y las montoneras, y entre éstas y las bandas de salteadores, encuentra un ilustre antecedente en José María Cabrer, quien llama “caudillos” a Borges do Canto y a Maneco, y “partidas de salteadores” a los grupos portugueses que en 1801 estaban realizando, antes que una acción de pillaje, una operación militar. Para encontrar un abordaje historiográfico del término montonera, puede consultarse la introducción de FRADKIN, Raúl (2006), *La historia de una montonera. Bandolerismo y caudillismo en Buenos Aires, 1826*, Buenos Aires, Siglo XXI.

⁶⁶ FRADKIN, Raúl, “Guerra y sociedad en el litoral rioplatense en la primera mitad del siglo XIX”, op.cit., p. 9.

Otro de los aspectos en común entre la guerra de 1801 y las guerras revolucionaria es la capacidad que estados aparentemente débiles demostraron para movilizar para la guerra a una importante cantidad de personas. En el caso que hemos estudiado vimos que en el “campo volante” formado en Montevideo se juntaron alrededor de 1500 milicianos provenientes de distintos lugares del virreinato, a los que deben sumarse los milicianos correntinos y paraguayos que se movilizaron directamente al territorio misionero. Para lograr tamaña movilización de personas, el estado colonial (del mismo modo que el revolucionario diez años después) no podía apelar únicamente a la coerción ya que no ejercía el monopolio de la violencia ni contaba con los recursos humanos para hacerse obedecer en todo el territorio. Por lo tanto, tuvo que apelar a diversas formas de negociación para lograr lo que pretendía (en nuestro estudio, hacer que la gente vaya a la guerra). Una muestra de esa necesidad de negociar y de buscar el consenso de los súbditos la hemos visto en la indicación del subinspector Sobremonte referida a que se debía consultarle a los milicianos cordobeses sobre el camino que ellos preferían tomar para llegar a Montevideo, indicación que expresaba que el servicio miliciano era ante todo –y fundamentalmente en una situación de guerra –un servicio negociado, lo cual no podía ser de otra manera en un contexto marcado por la debilidad operativa del Estado para hacer cumplir sus disposiciones por la fuerza.

Estas similitudes entre el conflicto de 1801 y las guerras revolucionarias nos permiten corroborar la idea de que existió una continuidad en el modo de hacer la guerra en la región, dada a partir de la perduración de las condiciones estructurales en que se hacía la guerra y en que se formaban los estados⁶⁷.

Fuentes y bibliografía

Fuentes

Editadas

- CABRER, José María, “Diario de partida demarcadora de límites”, en GONZÁLEZ, Melitón (1886), *El límite oriental del territorio de Misiones*, tomo III, Buenos Aires.

⁶⁷ FRADKIN, Raúl, op.cit., p. 27.

- LASTARRIA, Miguel de (1956), "Memoria sobre la reorganización y plan de seguridad de las provincias del Río de la Plata (1818)". *Boletín del Instituto de Historia Argentina*, 1, pp. 272-296.

Inéditas

ARCHIVO GENERAL DE LA NACIÓN

Sala IX. Período colonial

Bandos. Legajo 8-10-8.

Correspondencia Avilés-Del Pino con ministros de la Corona. 1801. Legajo 8-3-2.

Correspondencia Del Pino-Caballero. 1802. Legajo 8-3-3.

Corrientes. 1800-1804. Legajo 3-4-3.

Guerra y Marina. 1801. Legajo 24-3-7.

Gobierno. Audiencia. Tabacos. Guerra. Misiones. 1799-1809. Legajo 11-8-1.

Intendencia de Córdoba. 1800-1803. Legajo 5-10-6.

Montevideo. 1800-1801. Legajo 2-9-6.

Montevideo. Comandancia General de Armas. 1801. Legajo 2-9-7.

Subinspección. 1802. Legajo 28-7-5.

Bibliografía

- ACOSTA Y LARA, Eduardo (1957), "Los charrúas y minuanes en el avance portugués de 1801", en *Boletín Histórico del Ejército*, N° 71-72, Montevideo, pp. 163-175.
- BEVERINA, Juan (1935), *El virreinato de las provincias del Río de la Plata; su organización militar*, Buenos Aires, Círculo Militar.
- FRADKIN, Raúl (2006), *La historia de una montonera. Bandolerismo y caudillismo en Buenos Aires, 1826*, Buenos Aires, Siglo XXI.
- FRADKIN, Raúl (2012) "Guerra y sociedad en el litoral rioplatense en la primera mitad del siglo XIX", sin publicar.
- FRUHAF GARCIA, Elisa (2009) *As diversas formas de ser índio. Políticas indígenas e políticas indigenistas no extremo sul da América portuguesa*, Río de Janeiro, Arquivo Nacional.
- GAMMALSON, Hjalmar Edmundo (1976), *El virrey Cevallos*, Buenos Aires, Ediciones Plus Ultra.
- LABOUGLE, Raúl (1953), *Historia de los comuneros*, Buenos Aires, Coni.
- MAEDER, Ernesto (1992), *Misiones del Paraguay. Conflicto y disolución de la sociedad guaraní*, Madrid, MAPFRE.

- MARCHENA FERNÁNDEZ, Juan (2009), “ ‘De Espanha, nem bom vento nem bon casamento’ . La guerra como determinante de las difíciles relaciones entre las dos coronas ibéricas en la península y en América, 1640-1808”, en *Anais de História de além-mar*, vol. X, pp. 9-22.
- PORTO, Aurelio (1954), *Historia das missoes orientais do Uruguai*, Porto Alegre, Selbauch.
